

# Rafael Cardona, un escultor de la poesía

Por MARIO PICADO

Adentrarse en la obra de un poeta —en el mejor de los sentidos— resulta tarea difícil por la naturaleza misma de la poesía, es decir, desentrañar raíces, adivinar senderos; socavar conceptos y metáforas. Conocer un horizonte donde el arte es esencia que conlleva formas e intuiciones, y recordando a Béquér “lograr vestiduras capaces para que la idea o la emoción se presenten dignamente en el escenario del mundo”. Por otra parte, y en el caso con creto de Rafael Cardona, el empeño por incursionar en sus poemas es asunto de abandono sincero a sus palabras, de contemplación fija a la ruta que nos señala, y holgura estética o solvencia intelectual del lector, para encontrar el clima de su lucha, que transformada en camino; remonta un lienzo enmarcado en periodos modernistas pardasianos o evocaciones sin nombre por donde navegan los supremos símbolos y eternos anhelos del hombre.

Esta Obra Poética reúne poemas de siete libros. En el contexto se descubre la pasión por clásicas miradas a la inconmesurable Grecia, aliento que acompañará al poeta en el destino de su vida. De Cardona podría decirse que es el escultor de la poesía. Logra cincelar con su estro la piedra del lenguaje y arrancarle al espacio el sonido del verbo. Pero más que adjetivos a su obra, es un gerundio de recuerdo lo que nos hace agradecerle a su brazo, a su impulso; a su visión; al abrir caminos, que si bien recorridos por otros, en nuestra patria eran solamente inéditas montañas de esperanza. Fue Cardona, junto con Julián Marchena y a la sombra literaria de Brenes Mesén, quienes lograron vislumbrar, poniendo en ello estructuras de su propia cosecha, el edificio donde puede albergarse hoy, la actual poética costarricense.

A raíz del reciente Congreso de escritores leía en un editorial de un periódico vespertino los siguientes conceptos: “Quién quiera saber qué es el castellano que lea a Quevedo. Pero quien tenga interés en conocer la poesía, que lea a Juan Ramón”.

No estoy completamente de acuerdo con este juicio. La poesía no tiene ubicación temporal, ni fronteras, ni estrechos encañalamientos. Lo anterior es simple referencia los tiempos que corren y desde los cuales, volver la mirada al pasado, es signo de impulso; conocimiento y ayuda para insospechados logros. Aquí cabe recordar al mexicano González Martínez cuando exclama:

“Mañana, los poetas cantarán un divino verso que no logramos entonar los de hoy.  
y termina

“recogerán del polvo la abandonada lira y cantarán con ella nuestra misma canción.

Digamos, parodiando, “en el pecado va la penitencia”

Hace poco Don León Pacheco anotaba en la revista Tertulia: “Rafael Cardona, en el modernismo verdadero, es un acontecimiento en la existencia apacible de Costa Rica. En un gran poeta que realizó, a plenitud, en un medio hostil y desprevenido; toda la estética de esta corriente literaria”. Y más adelante agrega: “Es un poeta que nació a la nación en los entretejidos de su nostalgia. Ahora duerme en tierra mejicana. Ojalá se convirtiera pronto en polvo costarricense, que es lo poco que nos va quedando de la tragedia ecológica que nos aflige sin necesidad ni medida”.

Para terminar este breve comentario y como muestra de su estilo, estos tercetos:

“Erró por toda Grecia de mendigo  
Amaba a un viejo can de raza doria  
y con él compartió la leche, el higo;  
vagó; lloró, cantó; se hizo lucero  
y se durmió en los brazos de la Gloria:  
hizo la lliada; se llamaba Homero”.

Rafael Cardona fue un clásico en la vida. Tomó de ella las pristinas y oníricas orillas. Bebió la savia del arte en la copa del símbolo y el deseo.

Mi reconocimiento al Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes; por la edición de este libro que hoy entrega a la Editorial Costa Rica para su distribución, deleite y enseñanza a nuestro pueblo.